

Cierre y conclusiones de Raquel Pelta, directora de las Jornadas de Diseño para la Innovación Social y de Diseño Social organizadas por la Asociación de Diseñadores de la Comunitat Valenciana (ADCV) y promovidas por Las Naves.

En estas jornadas, hemos conocido buenos ejemplos tanto de diseño social como de diseño para la innovación social. Hemos visto cómo el diseño puede contribuir a mejorar la vida de las personas que sufren enfermedades mentales y la situación de sus cuidadores, cómo puede ayudar a las mujeres que han sido víctimas de violencia de género, cómo puede generar procesos participativos que hacen más conscientes y activan a las comunidades, cómo se puede atender a las necesidades de las personas mayores, cómo pueden mejorarse los servicios de empleo y cómo pueden enfocarse, desde un ayuntamiento y de manera participativa, la cultura y el ocio.

Todos estos proyectos, unos de diseño social, —entendido como una práctica centrada en los sectores sociales y en la búsqueda de soluciones a los problemas y necesidades que dificultan el desarrollo de los individuos y de los grupos— y otros de diseño para la innovación social, nos muestran que estamos ante dos ámbitos de práctica especializados que se caracterizan por ser sociales en todo su proceso, en los que las personas son las protagonistas y no solo usuarios y/o consumidores pasivos. Responden a una conciencia de que en una sociedad realmente democrática, como decía Ivan Illich en 1973, «La gente no solo necesita conseguir cosas, necesita sobre todo la libertad de hacer cosas entre las que pueda vivir, darles forma de acuerdo a sus propios gustos y usarlas en su cuidado y en el de los demás».

Tengo mucha fe en lo que pueden hacer el diseño social y el diseño para la innovación social y la tengo porque lo estoy viviendo de primera mano, a través de mi propia práctica y de mis investigaciones teóricas. Creo que las metodologías del diseño social y del diseño para la innovación social funcionan y pueden ser muy útiles en proyectos sociales.

Trabajar en diseño social y diseño para la innovación no es fácil, porque aún estamos en un momento muy inicial. No es un asunto de caridad ni de altruismo porque la caridad es hacer el bien por amor a Dios y el altruismo supone procurar el bien ajeno aun a costa del propio (como dice el Diccionario de la RAE). Estamos hablando de dos campos que trabajan por que las personas puedan disfrutar del bienestar que les corresponde por sus derechos como ciudadanos.

Por eso, son proyectos profesionales que no se pueden enfocar de una manera ingenua porque estamos ante problemas complejos y necesidades y hay que pensar en las personas y en la viabilidad de los proyectos, no solo económica, sino una viabilidad, en el sentido de que cuando los diseñadores (y el equipo que ha participado en el proyecto) hayan acabado su trabajo, ese proyecto siga adelante porque las personas (los usuarios, las partes implicadas) lo hayan hecho suyo y, como tal, tengan las herramientas y la capacidad para mantenerlo vivo.

Hay que reconocer, también, que el diseño social y el diseño para la innovación social no son la panacea universal, no pueden mejorarlo ni cambiarlo todo porque los diseñadores no toman decisiones políticas pero, a través de sus metodologías participativas, sí pueden contribuir a incrementar la conciencia de las personas y a empoderarlas. A largo plazo, esto puede influir en que las decisiones políticas sean más beneficiosas para la ciudadanía y, por tanto, también, para cada uno de nosotros como individuos. Autores como Del Gaudio, De Oliveira y Franzato (2014) han comentado que la participación permite una redistribución del poder de decisión cuyo resultado es un mayor diálogo entre lo público y lo privado y, a la larga, puede suponer una reducción de los problemas sociales y dar lugar a una sociedad más justa.

A través de sus métodos participativos, el diseño social y el diseño para la innovación social, pueden ser una buena respuesta a la pérdida de fe de los ciudadanos en los servicios públicos y sociales, en un momento en el que estos se encuentran sobrecargados y se enfrentan a las presiones de una ciudadanía cada vez más exigente.

Es muy importante que las instituciones públicas, las entidades del tercer sector y los emprendedores sociales comprendan lo que estas perspectivas sociales —que ya son nuevos ámbitos de práctica en cada vez más países—, les pueden aportar pero hay que entender que esas organizaciones e instituciones no son especialistas en diseño.

Por eso, desde nuestro campo tenemos dos grandes tareas por delante: divulgar y demostrar los beneficios de contar con los profesionales del diseño en proyectos sociales en genera. Creo que es importante que, justo en estos momentos tan críticos que estamos viviendo a nivel mundial, las asociaciones y organizaciones de diseñadores apoyen estas perspectivas.

En ese sentido, creo que Las Naves y la ADCV pueden crear una buena alianza que, seguro, será muy beneficiosa para todos y, sobre todo, para la ciudadanía.

Eso sí, desde el diseño, primero tenemos que entender bien qué son estos nuevos ámbitos de práctica porque si no los entendemos, no podremos dedicarnos a ellos y hacerlos bien ni podremos contárselo a los demás para que entiendan su valor. Nos tenemos, además, que formar porque requieren conocimientos y habilidades específicas.

Espero que estas jornadas hayan servido para esto, para conocer mejor dos campos que, en estos momentos de incertidumbre permiten vislumbrar un futuro algo mejor.

Muchas gracias.

Raquel Pelta

30 de octubre 2020